



4 mini artículos

POR PEDRO CRENES CASTRO

LECTORES COMO TERMITAS

Me ha sorprendido gratamente la noticia. Resulta que las mandíbulas más rápidas y voraces del reino animal son las de unas termitas panameñas. Sí: vamos a la vanguardia en lo que a termitas se refiere. El estudio lo han realizado en la Universidad de Florida y dicen que su velocidad de mordedura es de ¡setenta metros por segundo! Las termitas tienen fama de devorar grandes cantidades de madera pero éstas lo hacen a velocidades supersónicas. Increíble.

Casi podríamos construir una fábula con lo hasta aquí escrito pero hay más. El artículo que reseña el estudio de las termitas paisanas dice que “la naturaleza ha vuelto a demostrar su sabiduría al dotar a las termitas de Panamá con estas rápidas mandíbulas, ya que tienen poco tiempo que perder y poco espacio en el que moverse, por lo que su ataque debe ser tremendamente efectivo contra cualquier tipo de enemigo o invasor de su nido”.

¿No les parece que la naturaleza nos plantea una sociedad a escala y nos avisa de cuáles son nuestras alternativas? Tenemos que atacar con eficacia al enemigo, la ignorancia, hincándole el diente a la buena Literatura, a los libros de nuestros autores que son muchos y muchos son muy buenos.

Tenemos poco tiempo que perder y un margen de maniobra estrecho. La ignorancia ni es un enemigo exclusivo de los más desfavorecidos ni la Cultura (y en ella la Literatura) es patrimonio de los que pueden comprar libros o de los que los escriben. Debemos abandonar el complejo ese de que la Cultura es para los ricos o para los políticos pero no para nosotros. Si bien es cierto que nuestra sociedad tiene otras necesidades más importantes, no lo es menos que, soslayando nuestra necesidad de más cultura, de más educación, de más libros, no estamos haciéndole ningún favor a nuestra tierra.

¿Qué haremos con nuestras termitas y su ejemplo? Espero que las instituciones no cojan el insecticida y se dediquen a matar a nuestras paisanas so pretexto de que se lo van a comer todo dejándoles a ellos en evidencia. No estaría mal que les diésemos a nuestras termitas una medalla al merito natural y que nosotros tomáramos ejemplo de tan ilustres compatriotas. El próximo lema de la campaña de fomento de la lectura deberá ser “Lectores como termitas” y la mascota, obviamente, una termita devorando un libro. ¿Aceptan el reto de la naturaleza?

A VUELTAS CON LA MICROFICCIÓN

Decía Poe que toda excitación es efímera, esto teniendo en mente lo que él llamaba *unidad de impresión*, término asociado al efecto que el cuento debe dejar en el lector como unidad sintética, como un disparo a bocajarro.

Para lograr un efecto duradero, sigue pensando Poe, es necesaria la insistencia en un motivo o efecto. Se necesita, según él, “la gota de agua sobre la roca”. Inmediatamente pensamos en la novela para lograr ese efecto. Y nos quedamos tan anchos.

No seré yo quien niegue la mayor (o sí, para eso está), que la novela como género caleidoscópico (me gusta esta palabrota) y lleno de posibilidades ofrece esa “gota sobre la roca” que decía el de Boston, ese desgaste en la mente del lector que le hace quedarse ensimismado al final, recogiendo con la memoria los grandes momentos de la novela para construir su reflexión final.

Pero creo que no es necesario irse hasta la novela como goteo necesario. La microficción cumple con creces esa necesaria condición de goteo para conseguir ese efecto duradero. La relectura que exige un buen microrrelato pone de manifiesto su condición de gota, su calidad de artefacto capaz de sacudir la curiosidad y la reflexión de los lectores.

VIDAS POSIBLES

Un niño no tiene por delante una vida, como un callejón angosto, sino el completo y espléndido repertorio de las vidas posibles. Porque él podrá serlo todo, atentamente escucha en las prodigiosas proezas que le refieren –guerras, naufragios, cacerías de tigres- su propia historia, sus probables y altos destinos. El eco de esta ilusión nunca se apaga y todo en nosotros va envejeciendo, salvo la afición por los relatos. De soñar estos sueños la humanidad no se cansa.

Adolfo Bioy Casares.

El primer atisbo de esas otras vidas posibles, de ese amplio repertorio del que nos advierte Bioy, surgió

un mediodía cuando tenía yo cinco años y caminaba junto a mi madre que me había ido a recoger al colegio. “Le metí su buen puñete en toda la cara”, le dije a mamá que caminaba escéptica a mi lado y ponía un gestito de “no te inventes cosas”. Pero solo puso el gesto, le parecía aunque remotamente, verosímil. Me pegaban en la escuela, Luciano me pegaba y yo no era capaz de devolverle la violencia, no por santo sino por miedoso. Allí, en ese camino de vuelta a casa descubrí la diferencia entre la vida que vivía y la que quería vivir, entre mentir por salvar el pellejo o por entretener a los demás y a mí mismo de la vida que teníamos. Luego en el patio, durante el recreo, me inventaba historias de miedo para aterrorizar a mis compañeritos, inocentes ellos, por no tener una abuelita a la que le gustaban las películas de terror. Aun así, yo seguí siendo miedoso durante un largo periodo de mi vida. Después en casa, años después, mi hermano me reclamaba cada noche lo que en esos tiempos bautizamos como “la historia”, una serie oral donde mis primos, mi hermano y yo vivíamos miles de aventuras en una búsqueda paralela (cuentista y lector-oidor) de vidas que no eran las nuestras, que la superaban en dicha, libertad y aventura.

El lector empedernido vive una enfermedad parecida a la del escritor, a pesar de no querer escribir. Meterse en la piel de otro, dejarse asustar, enamorar o cabrear por un prestidigitador literario, por un mentiroso evidente que no oculta que en realidad “el lugar de la Mancha” sólo existe en el olvido de un personaje que podría haber existido y en eso, en el “podría”, está la clave de escritores y lectores. Si no conmueve, no transmite, no funciona y conmover no es solo hacer llorar, es como dice el DRAE: perturbar, inquietar, alterar, mover fuertemente o con eficacia. Sobre todo con eficacia, precipitando sobre los lectores un aguacero de vidas y situaciones que le amarguen o que le alegren el día.

Así que Bioy tiene razón en eso de que los niños no tienen delante un callejón angosto, sin salida tantas veces, sino un amplio repertorio de vidas posibles, primero como lectores, luego, quizás, como escritores. Pero la verdad es que tenemos sobre todo, si seguimos caminando por la frase del argentino,

futuro, no siempre posible pero sí verosímil. Solo basta con leer, confiar y trabajar para que al final leamos una historia con un posible desenlace feliz. Fue Hemingway quien dijo que la novela gana al lector por puntos y que el cuento lo gana por K.O. Como la figura boxística se agota diremos aquí, siguiendo la estela de Poe en este año del Cuervo, que el microrrelato se gana al lector por *espanto*, ya que la súbita aparición y desaparición del texto termina produciendo en el lector una tóxica y saludable necesidad de releer y releer los textos, recordarlos con una mueca de susto o de alegría y meditarlos, cosa harto difícil de conseguir entre tanta mala hierba literaria.

EL NOBEL RECUPERADO

El edificio del Archivo de Colonia, “La memoria”, como conocían al edificio sus vecinos, se derrumbó el pasado 3 de marzo. Quedaron sepultados varios kilómetros de documentos, valiosísimos todos ellos, bajo los escombros, entre ellos el recientemente adquirido archivo del escritor alemán Heinrich Böll. La culpa, al parecer, la han tenido las obras de ampliación del Metro de la ciudad.

La familia del escritor alemán había decidido que en “La memoria” estarían más seguros pero, cosas de la vida, el edificio se vino abajo sepultando entre tantas cosas el diploma que recibiera Böll de manos del Rey de Suecia por el Nobel de Literatura. Aquello me conmovió, tanto escribir, tanto trajinar con las letras para que al final, el máximo galardón al que se puede aspirar termine sepultado bajo los escombros del progreso, en una suerte de “pérdida de la memoria” haciendo honor al sobrenombre del edificio.

Hans Schnier, el maravilloso personaje de Böll en *Opiniones de un payaso* (1963), dijo “soy un payaso y colecciono momentos”. Al leer la noticia me sentí igual y recordé el viejo libro y me quedé pendiente de la pérdida del valioso diploma, como un payaso con un nuevo momento para guardar. Porque para muchos recordar, guardar los momentos, visitarlos de cuando en cuando, es una soberana payasada y algo así le pasa al bueno de Hans en la novela del alemán que murió en 1985. Nada es lo que pare-

ce: ni los amigos, ni la política, ni la religión, ni el matrimonio. Todo falla. Incluso la seguridad de los documentos como le pasó a la familia del novelista.

El pasado 17 de abril me llegó la noticia de que, entre las ruinas de La Memoria se encontró el diploma de Böll. Me alegré mucho del hallazgo y me pareció que la vida tiene esos pequeños momentos felices que unos cuantos payasos podemos coleccionar. Me di cuenta que me alegraba por algo intangible, por algo que yo no podría ver jamás, mucho menos obtener por mucho que escribiera, y decidí teclear el nombre del alemán en la red. Después de mucho dar vueltas terminé en la Fundación Nobel en cuya página se muestran los distintos diplomas de los premiados en todas las categorías. Vi el de Neruda, el de Darío Fo y para mi sorpresa estaba también el de Heinrich Böll.

Los diplomas son hechos a mano, me enteré luego, y los ilustradores, que usan las mismas técnicas que en la Edad Media, tienen pocas semanas para repasar la obra del ganador y plasmarla en una escena, en un dibujo. Me sorprendió, aunque no tendrían ya por qué sorprenderme las casualidades literarias, que el motivo que ilustra el diploma de Böll fuera un payaso. Una obra de arte. Podrían haber escogido cualquier otro de sus personajes o cualquier otro aspecto de su biografía pero decidieron que fuera el eterno payaso que es Hans Schnier, que colecciona momentos. Entonces me sentí más payaso, más lector, más coleccionista de momentos. Entonces tomé ese momento y, como termina la novela de Nobel alemán, “volví a ponerlo en su sitio y seguí cantando”.

PEDRO CRENES CASTRO (Panamá, 1972). Reside en Madrid desde 1990. Ha publicado cuentos y artículos en distintos medios de comunicación: *Revista Letras de fuego* y *Maga* (ambos de Panamá), en las revistas virtuales *Delibros*, *Revista de Letras*, *La Biblioteca Imaginaria*, *El placer de La lectura* (España) y *Resonancias* (Francia). Ha colaborado con los periódicos panameños *La Prensa* y el *Panamá América*. Ha participado en el taller literario “Entrelíneas” del escritor peruano Jorge Eduardo Benavides. Fue segundo finalista del III Certamen del Libro Deportivo Marca con la novela inédita *Los juegos de la memoria*. Redacta un blog senderosretorcidos.blogspot.com en el que habla de libros, cine, jazz y política.